

[Resolución del Sóviet de Diputados Obreros de Petersburgo]

Redactada y presentada por
León Trotsky
5 / 18 de noviembre de 1905

(Tomado de León Trotsky *1905, Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*, página 102 del formato pdf.)

En la noche del 5/18 de noviembre, el comité ejecutivo, estimando que había alcanzado su apogeo el momento psicológico, presentó, en la sesión del sóviet, una moción destinada a terminar la huelga. Para caracterizar la situación política de entonces, citaremos el texto del discurso leído por el portavoz del comité ejecutivo:

Acaba de publicarse un telegrama del gobierno que declara que los marineros de Cronstadt serán juzgados, no por un consejo de guerra sumarísimo, sino por el consejo de guerra de la región.

Este telegrama no es otra cosa que la prueba de la debilidad del gobierno zarista y la prueba de nuestra fuerza. De nuevo, podemos felicitar al proletariado de Petersburgo por haber alcanzado una inmensa victoria moral. Pero hablemos con franqueza: de no haberse hecho esta declaración gubernamental, hubiéramos tenido a pesar de todo que invitar a los obreros de Petersburgo a suspender la huelga. Según los telegramas de hoy, es visible que en todas partes de Rusia nuestra manifestación política está en declive. Nuestra huelga actual no tenía más que el carácter de una *demonstración*. No es sino desde este punto de vista como podremos apreciar su éxito o su fracaso. Nuestro objetivo directo e inmediato ha sido demostrar al ejército que se despierta, que la clase obrera está con él, que no le abandonará a los ultrajes y a las violencias sin decir una palabra. ¿No hemos ganado el corazón de todo buen soldado? ¿Quién podría negarlo? En estas condiciones, ¿es posible afirmar que no hayamos obtenido nada? ¿Puede considerarse el cese de la huelga como una derrota para nosotros? ¿No hemos mostrado a toda Rusia que, unos días después de la gran lucha de octubre, mientras que los obreros no habían tenido aún tiempo de restañar sus heridas, la disciplina de las masas era tan grande que bastaba con una palabra del sóviet para que todos los proletarios abandonasen su trabajo como un solo hombre? ¡Mirad! Esta vez, las fábricas más atrasadas, que nunca habían dejado el trabajo, se adhirieron a la huelga y sus diputados se encuentran entre nosotros, en el sóviet. Los elementos avanzados del ejército han organizado mítines de protesta y participado de esta manera en nuestra manifestación. ¿No es una victoria? ¿No es un brillante resultado? Camaradas, hemos hecho lo que teníamos que hacer. La bolsa europea ha rendido nuevamente los honores del saludo a nuestra fuerza, a nuestra energía. Ha sido suficiente con conocer la decisión del Sóviet de Diputados Obreros para que esta información fuera seguida de una notable baja de nuestros valores en el extranjero. Así, cada una de nuestras decisiones, sea una respuesta al conde Witte, o al gobierno en su conjunto, ha supuesto un golpe decisivo al absolutismo.

Algunos camaradas exigen que la huelga continúe hasta que los marineros de Cronstadt sean llevados ante un jurado de la sala de lo criminal y hasta la abrogación de la ley marcial en Polonia. En otros términos, quieren que la huelga se sostenga hasta la

caída del gobierno actual, pues (hay que darse cuenta de ello, camaradas) contra nuestra huelga el zarismo empleará *todas* sus fuerzas. Si se estima que el fin de nuestra manifestación era derribar la autocracia, es claro que no lo hemos alcanzado. Desde este punto de vista, hubiéramos debido ahogar la indignación en nuestros pechos y renunciar a la manifestación que hemos hecho para protestar. Pero nuestra táctica, camaradas, no está establecida sobre ese plano. Las manifestaciones que organizamos, son batallas sucesivas. El fin perseguido es desorganizar al enemigo y conquistar las simpatías de nuevos amigos. Y, ¿qué simpatía puede ser más importante para nosotros que la del ejército? Comprendedlo bien: cuando discutimos la cuestión de saber si es preciso continuar, si o no, la huelga, de hecho preguntamos si la huelga debe conservar su carácter de demostración o transformarse en batalla decisiva, es decir, conducirnos a la victoria completa o a la derrota. No tememos ni las batallas ni las derrotas. Nuestras derrotas no son más que peldaños que nos conducen a la victoria. Se lo hemos probado ya más de una vez a nuestros enemigos. Pero, para cada batalla, buscamos las condiciones más favorables. Los acontecimientos trabajan para nosotros y nosotros no tenemos razón alguna para forzar su marcha. Decidme, si os parece, a quién resulta ventajoso retrasar la hora del combate decisivo: ¿a nosotros o al gobierno? ¡La ventaja es para nosotros, camaradas! Pues mañana seremos más fuertes que hoy, y pasado mañana más fuertes que mañana. No olvidéis, camaradas, que las circunstancias sólo desde hace poco nos permiten organizar mítines para miles de personas, unificar las masas del proletariado y dirigirnos mediante la palabra revolucionaria impresa a toda la población del país. Es necesario aprovechar lo mejor posible estas circunstancias para una amplia propaganda, para la organización de las filas del proletariado. El periodo de preparación de las masas, la acción decisiva debe prolongarse todo lo que podamos, quizá uno o dos meses, a fin de que luego marchemos como un ejército bien agrupado, bien organizado. Sería ciertamente más ventajoso para el gobierno fusilarnos inmediatamente, puesto que todavía no estamos dispuestos para el combate final. Algunos camaradas experimentan hoy, como en el día en que renunciamos a la manifestación de los funerales, la siguiente duda: si nos batimos en retirada en este momento, ¿sabremos levantar una vez más a las masas? ¿No se apaciguará la multitud? Os respondo: ¿creéis que el régimen actual pueda hacer lo necesario para el apaciguamiento? ¿Tenemos razones para inquietarnos, para temer que en el futuro no haya acontecimientos que obliguen al pueblo a levantarse? Creedme, estos acontecimientos no faltarán, serán demasiado numerosos: el zarismo se encargará de ello. No olvidéis además que todavía tenemos ante nosotros una campaña electoral que debe poner en pie a todo el proletariado revolucionario. ¿Y quién sabe si la campaña electoral no ha de terminar con una explosión, si el proletariado no hará saltar por el aire el poder existente? Dominemos, pues, nuestros nervios y no intentemos ir por delante de los acontecimientos. Tenemos que confiar en el proletariado revolucionario. ¿Se ha calmado después del 9 de enero? ¿Después de la comisión de Chidlovski? ¿Después de los acontecimientos del mar Negro? No, la ola revolucionaria sube sin cesar y no está lejos el momento en que se romperá sobre el régimen de la autocracia.

Lo que nos espera es una lucha decisiva y sin cuartel. Detengamos por el momento la huelga, satisfechos con la victoria moral que ha alcanzado, y apliquemos todas nuestras fuerzas a crear y asegurar aquello que más necesitamos: la organización, de nuevo la organización, siempre la organización. Sólo hace falta mirar en torno a sí para ver que, en este dominio, cada día nos trae nuevas conquistas.

En este momento, los ferroviarios y los funcionarios de correos y telégrafos se organizan. Por el acero de los raíles y por el hilo del telégrafo, harán una sola hoguera con todos los hogares revolucionarios del país. Nos darán la posibilidad de levantar,

llegado el momento, a toda Rusia en veinticuatro horas. Es necesario prepararse para ese momento y elevar al más alto nivel la disciplina y la organización. ¡Al trabajo, camaradas!

Por ahora, es indispensable pasar a la organización militar de los obreros, a su armamento. Constitúyanse en cada fábrica grupos de combatientes, por diez hombres, con un jefe elegido, por centenas con un centurión, y que un comandante tome la autoridad sobre estos batallones. Impúlsese la disciplina en estos grupos hasta tal punto que toda la fábrica pueda ponerse en marcha al primer llamamiento. No olvidéis que, en la hora del compromiso decisivo, sólo podemos contar con nosotros mismos. La burguesía liberal comienza ya a considerarnos con desconfianza y hostilidad. Los intelectuales demócratas dudan. La Unión de las Uniones que se ha unido de tan buena gana a nosotros durante la primera huelga, siente mucha menor simpatía por la segunda. Uno de sus miembros me decía uno de estos días: ‘Con vuestras huelgas, indisponéis a la sociedad contra vosotros. ¿Es posible que esperéis vencer al enemigo con vuestras propias fuerzas?’ Le recordé el momento de la revolución francesa en que la Convención decretó: ‘El pueblo francés no tratará con un enemigo que ocupa su territorio’. Uno de los miembros de la Convención exclamó: ‘¿Es que habéis concluido un tratado con la victoria?’ Se le respondió: ‘No, hemos concluido un tratado con la muerte’.

Camaradas, cuando la burguesía liberal, se diría que orgullosa por haber traicionado, nos pregunta: ‘Solos, sin nosotros, ¿pensáis poder luchar? ¿Habéis concluido un tratado con la victoria?’ le arrojamos a la cara nuestra respuesta: ‘No, hemos concluido un tratado con la muerte’.

Por aplastante mayoría, el sóviet adoptó la decisión siguiente: “Suspender la manifestación de huelga el lunes 7/18 de noviembre, a mediodía”. Fueron repartidos en las fábricas carteles con la resolución del sóviet, y pegados en la ciudad. En el día y la hora fijados, la huelga se detuvo al unísono, como había comenzado. Había durado ciento veinte horas, tres veces menos que la ley marcial en Polonia.

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es